

No se lo permite una alianza que ha heredado, ni su vocación política personal. Pero desearíamos todos esperar, por lo menos, que esta visita no fuera la afirmación de una solidaridad sin límites, sino más bien la reflexión de que España no desea estar en la guerra fría, y mucho menos en la otra. No va a ser fácil. El tono de la política internacional de Carter es el de exigir adhesiones: tiene facturas que pasar a muchos países, y las pasa.

ES, sin embargo, la hora de que todas las fuerzas políticas del país adviertan dónde está la verdadera conveniencia de España. En ningún caso está, la de España ni la de nadie, en una tercera guerra mundial. En cuanto a una guerra fría, la economía española y la tensión social de nuestro país no están en condiciones de pagarse una contracción de esa índole. Ni siquiera a cambio de un riego de dólares: que no vendría, porque vino en su momento y se dilapidó, y porque los Estados Unidos no tienen hoy tampoco dólares para regar a nadie.

UNA guerra fría supondría para España una alteración considerable en las formas políticas que apenas ha podido comenzar a ensayar. Ni siquiera países de vieja y experta democracia, como Francia, consiguieron mantener las premisas de la democracia en la guerra fría anterior. Mucho menos lo conseguiría España, con un fondo fascista demasiado latente, demasiado a la espera de cualquier situación conservadora para saltar con cualquier disfraz: Suárez y UCD mismas serían las primeras víctimas de esa situación.

EL viaje del presidente Suárez a Estados Unidos ha causado una sorpresa en el país; y esa sorpresa no es agradable. No ha sido precedido de un debate de política exterior: la misma política exterior se está elaborando aisladamente en el palacio de la Moncloa y en el de Asuntos Exteriores, como en un circuito cerrado: no es una forma muy distinta de su elaboración en los tiempos del antiguo régimen, en la época en que se preparaban y finalmente firmaban los acuerdos con los Estados Unidos. Quizá en esos centros de decisión, tal vez en otros, esté preparada ya la adhesión a la OTAN, que haría irremediable el alineamiento de nuestro país, que quizá ya no tenga remedio.

En todo ello, la voluntad española está quedando al margen. No es cierto enteramente que los acontecimientos arrastren a los países, por lo menos hasta un cierto momento de la crisis. Hay siempre un margen de maniobra posible. Puede ocurrir que estemos todavía dentro de ese margen de maniobra.

LA mayoría de la población española, por no decir la totalidad, no desea verse envuelta ni siquiera en la guerra fría. Es la misma mayoría que condena la invasión soviética del Afganistán, que no comparte el sistema revolucionario de Jomeini y que tiene una vocación de sistema de vida occidental, pero que desde luego no considera que la guerra en ninguno de sus aspectos sea una alternativa válida. Esa es la opinión con la que el presidente Suárez debe contar antes de dar ningún paso decisivo. Aunque las dificultades que pudieran plantearse como consecuencia de una posición de neutralidad o de distancia de la guerra fría pudieran ser duras, esa dureza se entendería siempre mejor, puesto que iría en el sentido de los intereses intrínsecamente nacionales, que la que pudiera producir un alineamiento ante circunstancias que no influyen inmediatamente en la vida nacional, y cuyo desenlace, en cualquier sentido, favorecería siempre a otros. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

COSAS DE NIÑOS

TODAVIA se emite de cuando en cuando la idea de que España está causando asombro al mundo por la forma en que realiza su transición. La frase ya suena mal. Aunque la haya repetido ahora el canciller Schmidt: debe figurar en el breviario de nuestros visitantes. "Diga usted —les dicen sus asesores antes de empezar el viaje— que están dando un ejemplo al mundo, y verá qué contentos se ponen". Cosas de niños. Hace tiempo que queremos ser los niños buenos de la clase internacional, y que el maestro nos ponga como ejemplo a imitar. Parece que, en efecto, fuimos un poco los niños prodigios que en los primeros momentos de la transición lo acogimos todo con educación y buenas formas, sin pegarnos con los otros niños.

Se sabe que los niños prodigios suelen ser unos adolescentes mediocres y unos adultos frustrados, salvo Mozart. Nosotros nos pusimos el traje de terciopelo y el cuello de encaje del pequeño concertista maravilloso, frecuentábamos los mejores salones y nos decían que parecía mentira, con un padre tan paleta como Franco y una madre tan revolucionaria como Dolores Ibarruri, hubiéramos salido tan modosos y tan listos. Poco después, el trajecito se embarró en las peleas callejeras, y el cuello se desencajó. Pero queremos seguir vestiditos de concierto, queremos que nos hagan grandes elogios. Y nos vamos a ver a Carter para decirle lo feo que está que el niño Brejnev haga lo que ha hecho en el Afganistán, o que el niño Jomeini sea tan revoltoso. Y recibimos a Schmidt para explicarle que somos mejores que los otros niños en cuanto a reducción del gasto público y lucha contra la inflación.

Lo que parece curioso es que el maestro Schmidt no vea la inflación que ven los ojos corrientes, o que el maestro Carter no vea lo mal barrida que tenemos nuestra casa cuando le enseñamos otras sin barrer. Quizá estén aplicando la regla pedagógica moderna que consiste en decirle al niño discol y perezoso que es realmente admirable: dicen que de esa forma se consigue la verdadera aplicación del niño, aunque haya quien asegure que en la realidad no se vio nunca cosa tal.

Lo malo es que no nos conformemos con ser unos niños como los demás, y queramos ser los pequeños concertistas. Nuestra sonatina suena desafinada. Los claxons de los taxistas, las sirenas de los pesqueros, los disparos de Vitoria, las metralletas en la madrugada, las voces de los Consejos de Ministros, están formando una cacofonía espantosa en el concierto que queremos dar en los salones del mundo.

Convendría abandonar la mentalización de niños buenos, de niños prodigios. Menos ejemplos al mundo, y más aplicación en la clase de cada día. Menos traje de terciopelo, y más camisa remangada y brazos al trabajo. Dejémosle la calidad de ejemplo a Sa Carneiro, y que se las arregle como pueda. Lo que queremos es ser niños normales. ■

POZUELO